

# BIOÉTICA Y CIENCIAS MEDICAS

*por*

*Arnoldo Mora Rodríguez<sup>1</sup>*

## Resumen

Estas reflexiones giran en torno a algunas implicaciones éticas sobre los efectos en la vida humana del saber científico aplicado a la preservación de la salud humana y las responsabilidades que de ahí se infieren por parte, tanto del poder público, como del investigador científico y del médico en el ejercicio liberal de su profesión.

Comienzo por decir que quien escribe las siguientes líneas no es un médico sino un filósofo, por lo que cabe como inicio preguntarnos qué tiene que ver una cosa con la otra. En concreto, ¿qué incita a tratar estos temas a alguien que ha dedicado profesionalmente su vida a la reflexión filosófica que versa, según reza la definición habitual, sobre "las causas últimas y primeras de todo lo que existe?"

Ciertamente en lo que la tradición aristotélica llama "objeto material" de una ciencia, es decir, sobre aquello de que versa, no tendríamos dificultad en afirmar que la ciencia médica es también objeto de la reflexión filosófica. Al versar, en efecto, la filosofía sobre "el ser", es decir, sobre todo lo que existe cualquiera sea su forma de existir, nuestro enfoque específicamente filosófico sobre la ciencia en general y sobre la medicina en concreto, no puede ser sino ver una y otra como acto humano.

Y enfatizo el adverbio filosóficamente, pues podrían los filósofos ocuparse del asunto en su condición de ciudadanos o de hombres comunes y corrientes, sea que tratemos la medicina como ciencia, sea que nos ocupemos de las implicaciones políticas, éticas o tecnológicas que los problemas o asuntos que el saber y quehacer propios de la medicina traen aparejados.

Podría, una vez más, aducirse en favor del interés del filósofo en los temas médicos, la definición misma de la filosofía como saber que se ocupa de todo aquello que, de una u otra manera, tiene que ver con el hombre, con el destino o suerte presente y futura de la humanidad, en concordancia con la tradición humanística que remonta a la Roma antigua y según la cual "nada de lo que sea humano nos puede ser extraño". Tal definición de la filosofía parte del aforismo de Protágoras, el sofista, según el cual "el hombre es la medida de todas cosas, de aquellas que existen en cuanto que existen y de aquellas que no existen en cuanto que no existen".

Si bien esta nueva aproximación al concepto de filosofía restringe el campo de lo filosófico únicamente a todo aquello que tenga que ver con el hombre, delimitando así la extensión del concepto "ser" o "todo lo que existe" de la definición primera de filosofía, queda todavía por especificar la forma concreta en que debe darse ese abordaje típicamente "filosófico" de los asuntos humanos, pues todos hemos de convenir en que

---

<sup>1</sup> Arnoldo Mora Doctor en Filosofía de la Universidad de Costa Rica

no solo la filosofía se ocupa del hombre y de los temas que giran en torno al destino de la humanidad. Desde hace ya más de cien años la filosofía, que desde su nacimiento en el siglo VII antes de nuestra era, se arrogaba el derecho en exclusiva de ser la reflexión o ciencia del hombre y de todo lo que tiene que ver con él, debe compartir ese campo con las ciencias humanas, cuya influencia y crecimiento en el mundo de hoy ya nadie discute, comenzando por los mismos filósofos que han contribuido no poco al nacimiento y fecundo desarrollo de esa rama del saber científico.

Podríamos iniciar otra pista de abordaje para justificar la aproximación filosófica a la medicina. Y ésta consiste en aducir que, siendo esta una ciencia y ocupándose una rama de la filosofía, a saber, la epistemología o teoría de la ciencia, de todo lo que tiene que ver con la definición y métodos de la ciencia, el filósofo en su condición de epistemólogo debe también ocuparse de la medicina, cuya importancia en la vida de todo ser humano requiere como pocas de una profunda reflexión crítica que le permita dilucidar aspectos metodológicos e interdisciplinarios.

Ciertamente este enfoque epistemológico es tan válido como indispensable, pero requiere del filósofo no solo un saber filosófico, sino también una sólida base en ciencias naturales sin la cual la aproximación epistemológica solo puede producir generalidades, importantes quizás, pero que pueden con frecuencia pecar de superfluas por no decir de irrelevantes. Hemos de reconocer, por lo demás, que esta labor es indispensable tanto para la filosofía como para las ciencias médicas.

No ocupándome por el momento, de la teoría crítica de la ciencia, mi aproximación a la medicina en esta ocasión pretende partir de la tradición humanística del concepto de filosofía, tradición que es la más antigua y que, por ello mismo, se ha convertido en clásica. En particular, deseo aportar alguna reflexión sobre el tema propuesto desde el punto de vista de una ética humanística.

En su ensayo Die technik und die Kehre (1), afirma el filósofo alemán Martin Heidegger que la ciencia y la técnica se han convertido para la humanidad actual en un "destino", indicando con ello que ya no nos es permitido como humanidad, prescindir de ellas. Nuestro destino presente y futuro se juega en lo que sea o llegue a ser el desarrollo de la ciencia y la tecnología que del saber científico se deriva y que, a su vez, lo influye cada vez más de cerca, hasta el punto de que se ha establecido un círculo cada vez más estrecho entre una y otra. Esto se debe a que, desde su nacimiento en el Renacimiento, el método científico y, con él, la eclosión de la ciencia experimental en el mundo moderno, no fueron concebidas a la manera griega sino dentro de un modelo de dominación de la naturaleza por parte del hombre. Hay una racionalidad o cálculo de eficiencia tecnológica, en la concepción misma de la ciencia moderna, que está a la base de toda la cultura occidental de los últimos cinco siglos y que fue extraña a las concepciones del pensamiento griego.

La filosofía y la ciencia griegas, cuyos presupuestos filosóficos siguen vigentes en tiempos del medioevo cristiano, partieron del presupuesto del dominio de la naturaleza sobre el hombre. Nadie lo expresó mejor que la filosofía estoica, punto de enlace histórico entre la filosofía pagana ya en declive y el naciente pensamiento cristiano, que habría de predominar durante los siglos siguientes hasta el nacimiento del mundo moderno en el siglo XVII. Para el pensador estoico, la razón humana no es más que una partícula o pequeña participación del gran Logos que rige inexorablemente los ciclos invariables e inmutables del Cosmos. El término mismo Cosmos indica que se trata de algo perfecto, armonía maravillosa que solo se puede expresar matemáticamente, como ya lo habían bellamente señalado, desde los orígenes del pensamiento filosófico, los pitagóricos. La racionalidad filosófica, que abarca tanto el saber científico como la

sabiduría y ética de la vida, solo puede ser un pálido reflejo en medio de las angustias y pasiones de la humana existencia, de ese Logos cósmico, ley suprema que rige el Universo eternamente y que marca con destino incambiable la suerte de los mortales.

Con los estoicos ya ni siquiera tenemos el derecho que se arrogaron los trágicos griegos, de protestar, de levantar un grito estentóreo, tan bello como inútil, pero al menos de efectos estéticos y catárticos, frente a un destino ciego que nos es impuesto haciéndonos culpables sin ser por ello responsables. Algo de la doctrina del pecado original de San Agustín permanece de ese transfondo filosófico y se infiltra en forma definitiva en las concepciones del cristianismo occidental.

Todas estas concepciones cambian con el nacimiento de la modernidad a partir del siglo XVII. Quien más lúcidamente lo percibió fue el inglés isabelino Francis Bacon, pues este se negó a ver en el saber racional la satisfacción de una curiosidad aristocrática, producto de la admiración frente a la naturaleza de que nos hablan Platón y Aristóteles, al atribuir a dicha experiencia existencial el origen mismo de la filosofía, es decir, tanto de la ciencia de la naturaleza como de la conducta humana o sabiduría ética. Bacon, por el contrario, introduce la eficacia como principio epistemológico de la ciencia actual, al afirmar que el hombre no hace ciencia porque quiere saber sino porque quiere poder (2). Desde entonces, ciencia y técnica, que con frecuencia estuvieron separadas en la historia de los pueblos (3), ligan su destino inexorablemente entre sí y con el destino mismo de la humanidad.

Pero este "poder" de que habla Bacon, no se refiere solamente al dominio que unos hombres ejercen sobre otros en la sociedad, sea mediante el dinero, sea mediante el ejercicio del poder político, o de ambos a la vez. El hombre moderno hace ciencia, no tanto por el placer de saber, por el saber considerado como valor en sí, sino por los efectos humanos que dicho saber produce necesariamente. El poder que los hombres ejercen los unos sobre los otros, producto del dominio de la ciencia moderna, parte de otro poder: el que el hombre ejerce sobre la naturaleza misma. La racionalidad científico-técnica implica como presupuesto y busca como objetivo primario, el dominio del hombre sobre la naturaleza mediante el desciframiento de los mecanismos racionales que rigen los procesos de su evolución. De ahí a considerar la naturaleza como el enemigo a vencer, como el obstáculo a superar, es decir, como lo otro que debe ser aniquilado o destruido, no hay más que un paso.

Ya una concepción peyorativa de la naturaleza o de la materia, la encontramos en la tradición filosófica tanto griega como medieval. Así Platón, siguiendo los mitos órficos y herméticos introducidos en la filosofía a través de los pitagóricos, ve en la materia la matriz del mal moral y de la desdicha, que nos ha hecho venir a este mundo a expiar un pecado cometido en vidas anteriores. Por su parte, San Agustín ve en la libido sexual el origen de todo pecado y en la reproducción sexual la causa de la transmisión del pecado original a toda la especie humana. De ahí que en el cristianismo medieval sea frecuente predicar el desprecio de las cosas de este mundo y ver en la historia humana tan solo el pasaje a otra vida, esta sí definitiva y plenamente feliz.

Pero ni griegos ni medievales tenían los medios eficaces para mostrar en realizaciones concretas el desprecio a lo material y ver en la naturaleza el causante de todo pecado. Convirtieron su lucha contra la naturaleza y contra nuestro cuerpo en una práctica ascética y mística buscando, como enseñara Plotino, el éxtasis como plenitud de la existencia humana, en las condiciones temporales y corporales en que vivimos mientras llega la plenitud de los tiempos.

Desde la revolución baconiana a inicios de la edad moderna, el hombre ha ido sistemáticamente logrando su objetivo de dominar la naturaleza. Ya en el segundo prólogo a la Crítica de la Razón Pura (1786) Kant, como buen ilustrado, ve con mal disimulado complejo de superioridad, a la naturaleza no humana. En dicho ensayo, la naturaleza aparece como un reo en un tribunal y la ciencia como un proceso penal, mediante el cual el científico ejerce las funciones de juez que somete a su acusado a un interrogatorio y este -el acusado-naturaleza- solo puede responder a las preguntas que le son planteadas por una ciencia concebida como tribunal implacable.

Todo el siglo XIX refleja ese optimismo ingenuo y triunfalista del hombre sobre la naturaleza. A finales del siglo XVIII con el nacimiento de la edad contemporánea, se dan casi simultáneamente la revolución industrial, que se inicia en Inglaterra y la revolución política, que da origen al estado moderno y que tiene su máxima expresión en la Revolución Francesa de 1789. Quien mejor expresa ese optimismo sin límites de la racionalidad técnico-científica es Comte en el siglo XIX, con el concepto de "progreso" que inspirará todas las revoluciones y reformas liberales de la segunda mitad del siglo XIX y de la primera mitad del siguiente.

Pero el siglo XX, como el adolescente que cuestiona a sus padres, o el adulto que somete a fría crítica los entusiasmos y aventuras de su juventud, se ve obligado a cuestionar los optimismos ingenuos y dogmáticos del siglo anterior. No deja de ser paradójico que nuestro siglo, en que la ciencia y la tecnología han alcanzado las mayores proezas sobrepasando las expectativas más optimistas de los siglos anteriores, hasta el punto de llevar el hombre al espacio y triplicar, al menos en las sociedades más desarrolladas, sus expectativas de vida, sea tan amargamente pesimista respecto de todo, pero especialmente respecto del destino que le podría deparar el desenfrenado desarrollo científico-técnico. Todavía resuena en nuestros oídos el grito desesperado de los pensadores existencialistas al finalizar la Segunda Guerra Mundial, mientras todavía humeaban los hornos crematorios de Auschwitz y Dachau: "La ciencia y la técnica han hecho al hombre más poderoso, decían con amargura, pero no lo han hecho más feliz".

Pero esto no era más que el principio. Muy pronto y como trágico epílogo de esa conflagración, la más cruenta que ha tenido la historia de la humanidad, en dos ciudades de Japón se alzaría en un cielo que amenazaba la peor tormenta de nuestra historia, el ominoso hongo nuclear. Durante casi toda la segunda mitad del siglo XX, la humanidad viviría angustiada bajo la sombra mortífera de ese hongo, en el denominado "equilibrio del terror" que caracterizó cuarenta años de guerra fría. Los políticos, al decir de Sartre, se convirtieron en "guardianes de la bomba", mientras la carrera armamentista agotaba política y económicamente a las dos superpotencias, hasta el punto de llevar hoy al declive total a una de ellas y someter a la otra a una crisis de impredecibles consecuencias.

En esta misma segunda mitad del siglo XX, a la amenaza de un holocausto nuclear que hubiese puesto punto final a la aventura humana, se han añadido otras amenazas con iguales resultados y que giran en torno a la destrucción ecológica. En ambos casos, el crecimiento del poder científico-tecnológico y, consecuencia de ello, el crecimiento de la población mundial, tienen a la humanidad al borde del suicidio colectivo. Si la salvaguarda de la vida ante la amenaza nuclear terminó por unir a todo el hemisferio norte del planeta, podríamos esperar que no será una ilusión a mediano plazo el que Norte y Sur se unan en mismo abrazo, como naufragos que deben compartir la misma

estrecha tabla como la sola posibilidad que los salve de ser englutidos por las fauces del



abismo.

El mas importante resultado o efecto de la revolución científico-técnica que ha dado origen al mundo moderno, en lo que a la ética médica se refiere, es el cambio de nuestra concepción de la "naturaleza" incluida esa naturaleza que es la mas próxima a nosotros mismos, la "naturaleza humana" que, en primer lugar, es nuestro cuerpo. La principal consecuencia del saber científico, es el dominio que el hombre ha logrado sobre la naturaleza. Nunca en su ya larga historia el ser humano, ni ningún otro ser viviente sobre el planeta, había logrado acumular tal grado de poder como el logrado por el hombre occidental durante el siglo XX.

Pero lo grave del poder es que es violencia acumulada. De ahí que la ética se ha convertido hoy día en una cuestión de vida o muerte para la especie humana y, quizás, para toda forma de vida sobre la tierra. Hoy tenemos la responsabilidad de cuidar de la vida bajo todas sus manifestaciones como el principal deber que pesa sobre el ser humano, porque en ello está en juego su vida misma. La ciencia pasó de ser una contemplación de la naturaleza para convertirse en una actividad transformadora de la misma puesta al servicio del hombre, por lo que la concepción de una ciencia neutral desde el punto de vista axiológico, constituye un acto de suicidio colectivo. Ya no es posible ver en las ciencias una relación formal que adecúa los medios a los fines, como pretendía Max Weber a principios del siglo XX. Hoy debemos ver en la ciencia misma y su racionalidad el reino de los fines, lo cual quiere decir que la racionalidad ética y, por ende, la responsabilidad del científico, son parte de la racionalidad misma del método científico.

Si en lugar de hablar de la naturaleza como una esclava del hombre, la vemos como una identidad de destino de la especie humana, nuestra actitud cambia. Hoy el destino de la humanidad pende de nuestro reconocimiento de la dignidad de la naturaleza. No podemos, con el ingente poder que nos da la tecnología, seguir tratándola con el desprecio con que la tradición medieval ha tratado al cuerpo humano. Este nuevo enfoque es asunto vital para el futuro de la humanidad, en vista de que el hombre ha triunfado sobre la naturaleza en su lucha ancestral por sobrevivir. Los problemas que hoy nos plantea el desarrollo científico-técnico no son naturales sino producto cultural, de una cultura enajenada que ha mirado tradicionalmente con desprecio a los pueblos periféricos muchas veces tratados tan solo como conejillos de Indias.

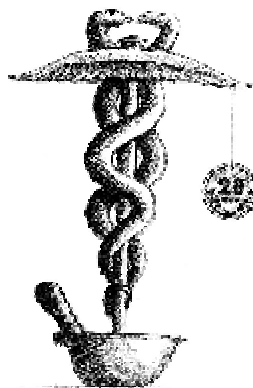
Para reconocer esta dignidad humana de todo ser viviente y no solo del hombre, pues este por el trabajo y la tecnología la ha convertido en parte de su destino y, por ende, de su esencia, y por tratarse de un asunto en que el destino mismo de la humanidad depende, lo que corresponde hacer es dar una legislación que tenga valor universal, dada por las Naciones Unidas y respaldada con todo su peso por todos los pueblos de la tierra, especialmente por las grandes potencias cuyo peso político, científico-tecnológico, económico y militar y, por consiguiente, cuya responsabilidad es mayor. El Norte ha creado al Sur. Hoy no puede prescindir de él, como tampoco de la naturaleza, si quiere tener futuro y si quiere salvaguardar su vida.

Pero las medidas políticas, como el promulgar normas universales y que deben ser escrupulosamente respetadas, no bastan. Los paradigmas científicos deben igualmente cambiar introduciendo criterios axiológicos en cuanto a la validez de los métodos científicos. Una ciencia neutral no existe ni ideológica ni éticamente hablando. La

epistemología no puede ser ajena a la ética. La ética es un criterio de verdad pues la ciencia no es solo explicación, también es acción y los efectos que de ahí se siguen.

Como lo había previsto Hegel, la ciencia y la tecnología se han convertido en un elemento de alienación en la medida en que el hombre se enajena en todo lo que crea. Pero solo asumiendo críticamente su obra, el hombre puede vislumbrar su liberación al reconocer la finitud de todo lo que hace, pues mas allá de las obras del hombre solo queda el hombre mismo. Por eso al reconocer la dignidad de todo ser humano, cualquiera sea su condición y su origen, cada ser humano no hace mas que reconocer su propia dignidad. Al salvar toda forma de vida, cada hombre no hace mas que salvarse a sí mismo. Unidos en un mismo destino, todos los hombre solo tienen una posibilidad: reconocerse a sí mismos. Como lo había vislumbrado Kant, la ética se ha convertido en el único acceso a las grandes cuestiones concernientes el destino mismo del ser humano. Estamos obligados a salvar toda forma de vida sobre la tierra si queremos seguir caminando erectos sobre el planeta.

Las anteriores reflexiones generales deben servirnos de marco para aplicarlas a la ética médica. Para ello, debemos ver la medicina bajo dos aspectos: como ciencia y como ejercicio profesional. En cuanto a lo primero, la medicina tiene como rasgo característico el que trata como materia prima de su estudio, no a la naturaleza viviente en general, sino específicamente al cuerpo humano, que no solo es la naturaleza mas cercana a nosotros, sino que somos nosotros mismos. Un cuerpo humano viviente es algo mas que un tratado de anatomía o fisiología, es, ante todo, una persona humana, un sujeto libre llamado a ser feliz como su derecho humano mas elemental.



Esto es particularmente importante cuando de investigaciones científicas se trata. La investigación es parte esencial del método científico, pues el criterio de verdad que emplea la ciencia es el de la verificación o comprobación, como en forma definitiva lo afirmara Claude Bernard. Mas la experimentación tiene algunos efectos previsibles pero otros no. El científico es enteramente responsable de los efectos previsibles y colateralmente de los efectos no previsibles, es decir, tiene la obligación de mantener una conciencia crítica previsoras frente a los efectos negativos no previsibles. Debe partir del presupuesto de que toda acción humana, por mas positivas y buenas que sean sus intenciones, siempre tendrá efectos negativos colaterales no previstos. Por eso debe tomar todas las precauciones para paliar esos efectos negativos y para descubrirlos lo mas pronto posible, caso de que no haya manera alguna de sospechar siquiera que se van a dar. Y esto, no solo a corto plazo, sino también frente a las futuras generaciones, sobre todo, cuando de manipulación genética se trata.

La investigación debe estar animada por la búsqueda de la verdad científica y por la intención de procurarle bienestar a los seres humanos sin discriminación de ninguna especie. Por ende, el factor de rentabilidad económica solo puede jugar un papel secundario y subordinado a los anteriormente mencionados. Esto es particularmente grave cuando de investigaciones financiadas por grandes consorcios se trata.

Pero el médico no es solo un científico, o alguien que aplica los resultados tecnológicos derivados del saber científico al ser humano. El médico es también un profesional liberal, es decir, alguien a quien se le paga para que aplique sus conocimientos científicos al servicio de un paciente, cuya quebrantada salud busca mejorar gracias al tratamiento

que el médico le aplica. De ahí que se dé una relación médico-paciente que, como en toda relación entre personas, implica ante todo una actitud de naturaleza ética. Esta responsabilidad hacia el paciente es tanto mas grave cuanto que el médico ejerce una relación de poder frente a su paciente. Este está en inferioridad de condiciones en forma total. Nunca como frente a un médico el ser humano se siente vulnerable, despojado de todo poder, expuesto en manos de alguien que le es extraño y de quien depende lo maspreciado de su existencia: la vida misma. Si la ética tiene que ver con los valores, el valor supremo es la vida.

El médico, en el ejercicio de su profesión, sabe que con frecuencia la vida de sus pacientes pende de un hilo y que él, el médico, y solo él, puede salvarla. Pocas veces el ser humano se siente mas poderoso como el médico frente a su paciente seriamente enfermo y con el terror de la muerte en sus ojos. Solo de la conciencia del médico depende que este inmenso poder se convierta en bienestar para su paciente y sus seres queridos. Inculcar esta conciencia incorruptible al estudiante es tarea del profesor de medicina, que debe comenzar por hacer de sus pupilos seres siempre sensibles ante el dolor humano. Valga aquí la cita del Profeta Jeremías, quien decía que a Dios solo se la encuentra en el rostro del pobre y del sufriente. En el fondo de la mirada de quien sufre o agoniza se descubre en su forma más dramática, el misterio mismo de la existencia en toda su crudeza. Quien no es sensible a este misterio del humano existir, no merece ser médico.

Finalmente, los avances de la ciencia médica han puesto hoy día de gran actualidad algunos temas fronterizos con la filosofía. ¿Qué es la vida? ¿Cuándo comienza la vida humana y cuándo termina? ¿Es lícita la investigación con embriones humanos? ¿Es lícita la eutanasia? Temas que se debaten apasionadamente en todos los rincones del planeta y que han provocado cambios en las legislaciones de muchos países, como leemos a diario en los medios informativos. En estos casos investigación científica y concepción filosófica están íntimamente ligadas.

Creo que los principios anteriormente expuestos permiten arrojar alguna luz al respecto. Mi posición es de respeto a la decisión del paciente siempre y cuando haya sido tomada lúcidamente y sin presión, en el caso de la eutanasia. En cuanto al comienzo de la vida, creo que no debe confundirse vida biológica y vida humana sin mas, si bien la segunda supone la primera. En todo caso, nunca se pueden tomar decisiones inspiradas únicamente en el afán de lucro y atropellando o ignorando los sentimientos y convicciones de las personas afectadas.

La dignidad humana sigue y seguirá siendo siempre la norma suprema del actuar ético. La profesión médica, como quizás ninguna otra, tiene en sus manos la posibilidad de hacer realidad a diario esa dignidad del ser humano cuyo esmerado cultivo constituye la condición básica para que merezcamos vivir dignamente y morir con la frente en alto.

## **BIBLIOGRAFÍA CITADA**

- 1-) Heidegger, Martin: Die Technik und Kehre, Neske, Tübingen, 1962.
- 2-) Cfr. Farrington, Benjamín: Francis Bacon, filósofo de la revolución industrial, ed. Ayuso, Madrid, 1971.
- 3-) Cfr. Mason, Stephen: Historia de las ciencias, Zeus, Barcelona, 1966.

4-) Justification de l'éthique, XIX Congrès de l'association des sociétés de philosophie de langue française (Bruxelles - Louvain la Neuve, 6-9 septembre 1892)- Société philosophique de Louvain. Société philosophique de Bruxelles, éditions de l' Université de Bruxelles, Bruxelles, 1984.